

S. BERNARDO ABAD DE LAUDE DE LA NUEVA MILICIA A LOS CABALLEROS DEL TEMPLO.

541 ADVERTENCIA EN EL OPÚSCULO VI.

1. El libro sujeto en los códices antiguos lleva este título: «Comienza el prólogo del santo Bernardo abad en el librito a los Caballeros del Templo:» y después del prólogo, «Comienzan los capítulos sobre la alabanza de la nueva Milicia:» que son en total trece, como en nuestras ediciones, donde hemos mantenido los títulos según la intención del autor. Este libro es llamado por Gaufrido en el libro tercero de la Vida de Bernardo, capítulo octavo, «Sermón exhortatorio a los Caballeros del Templo.» «Cuán fiel,» dice, «ha sido como recomendador y ayudante de cualquier piadosa conversación, lo declara el Sermón exhortatorio a los Caballeros del Templo.» Así, pues, el título de este libro puede ser establecido como: «Libro a los Caballeros del Templo, sobre la alabanza de la nueva Milicia.»

2. Sin embargo, el prólogo está dedicado a «Hugo, caballero de Cristo y maestro de la Milicia de Cristo»: pero es lo mismo dedicar el libro al Maestro de la Milicia, que a todos los Caballeros. Fueron llamados Hermanos del Templo porque, con el consentimiento del rey Balduino, se establecieron primero junto al Templo del Señor, según lo atestigua Guillermo, arzobispo de Tiro, en el libro duodécimo, capítulo séptimo, donde describe su origen en el año 1118. «Ese mismo año,» dice, «algunos nobles de la orden ecuestre, devotos de Dios, religiosos y temerosos de Dios, entregándose al servicio de Cristo en manos del señor patriarca, profesaron vivir perpetuamente al modo de los canónigos regulares, en castidad, obediencia y sin propiedad. Entre ellos, los primeros y principales fueron los venerables hombres, Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer: como no tenían iglesia ni domicilio fijo, el Rey les concedió temporalmente alojamiento en el palacio que tiene junto al Templo del Señor en la parte sur. Su primera profesión, y lo que les fue impuesto por el señor patriarca y otros obispos para la remisión de los pecados, fue conservar, en la medida de sus fuerzas, los caminos y rutas, especialmente para la seguridad de los peregrinos, contra las emboscadas de ladrones y asaltantes.» Esto sobre el origen de los Caballeros del Templo, cuyo primer Maestro fue el mencionado Hugo de Payens, a quien el mismo Guillermo de Tiro llama primer maestro de la milicia del Templo en el capítulo vigésimo sexto del libro decimotercero. La segunda carta de Guigo, prior de la Cartuja, está dirigida a «Hugo, Prior de la santa milicia». Este es el Hugo a quien Bernardo dedicó el siguiente libro, que debe distinguirse de otro Hugo, quien de conde de Champaña se convirtió en caballero del Templo, según lo atestigua la carta trigésima primera de Bernardo dirigida a él. Por otro lado, a Hugo de Payens, primer Maestro de la milicia, le sucedió «un caballero eminente y valiente en las armas, noble de carne y costumbres, el señor Roberto, apodado Borgoñón, de nación aquitana,» y esto alrededor del año 1136, como se deduce de Guillermo de Tiro en el capítulo sexto del libro decimoquinto, quien también trata sobre él al inicio del libro decimoséptimo. A Roberto parece haberle sucedido Everardo, a quien Pedro el Venerable escribe una carta, que es la vigésima sexta del libro sexto.

542 3. No es fácil decir en qué año fue escrito este libro. Se sabe que fue hecho cuando la Orden ya había crecido mucho y el número de caballeros se había multiplicado. Las palabras de Bernardo lo prueban en el n. 10: «Esto se lleva a cabo en Jerusalén, y el mundo se despierta. Las islas oyen, y los pueblos de lejos atienden, y hierven desde Oriente y Occidente... Y lo que se ve más agradable y se hace más conveniente, apenas ves a muy pocos en tan gran multitud de hombres confluír allí, a menos que sean ciertamente malvados,» etc. Pero antes del concilio de Troyes, es decir, antes del año 1127, solo había nueve caballeros de esa institución, como veremos pronto por Guillermo. Apenas, pues,

puede decirse que este libro fue compuesto antes del año 1132, pero sin embargo antes del año 1136, cuando aproximadamente Roberto sucedió a Hugo como maestro.

4. Miraeus publicó la Regla de los Templarios a partir de un códice Victorino, y la insertó en el Crónica Cisterciense, «como dictada por el santo Bernardo,» dice, «abad de Claraval, como se desprende del prólogo.» Esta Regla consta de tantos capítulos como la Regla de san Benito, de la cual en gran parte se tomó palabra por palabra, es decir, setenta y dos capítulos. Así se titula antes del prólogo: Regla de los pobres compañeros de Cristo y del Templo de Salomón.» Manrique en el año 1128, cap. 2, atribuye esta Regla a Bernardo como autor junto con Miraeus, y para probarlo presenta dos pasajes del prólogo. El primer pasaje dice: «Ciertamente, aunque la autoridad de nuestro dictamen es recomendada por un gran número de Padres religiosos que se reunieron en ese concilio por advertencia divina, no debemos pasar en silencio, ante quienes, viendo y pronunciando verdaderas sentencias, yo, Juan de Michael, por mandato del concilio y del venerable abad de Claraval, a quien se le confió y debía esto, merecí ser humilde escriba de esta página por la gracia divina.» Sin embargo, estas palabras no significan que alguna Regla haya sido compuesta por Bernardo para los Templarios: sino que él delegó en Juan de Michael el oficio de escriba que se le había impuesto. Tampoco se concluye nada más de las siguientes palabras, que después de enumerar a los Padres del concilio de Troyes se refieren de esta manera: «El mismo maestro de la milicia, llamado Hugo, ciertamente no faltó, y llevó consigo a algunos de sus hermanos, a saber, el hermano Godofredo, el hermano Rovallo, el hermano Godofredo Bisol, el hermano Pagano de Montdidier, Archembaud de Saint-Aignan. Este maestro Hugo, con estos discípulos, comunicó a los Padres mencionados anteriormente el modo y la observancia de la pequeña iniciación de su Orden militar, que tomó su comienzo de aquel que dice, Yo soy el principio que también os hablo, según el conocimiento de su memoria. Así, el concilio decidió que el consejo allí examinado con el esmero y la consideración de las Escrituras divinas, sin embargo, con la providencia del Papa de los Romanos y del Patriarca de Jerusalén, así como también con el consentimiento del capítulo de los pobres compañeros del templo que está en Jerusalén, se consignara por escrito y se observara de manera inquebrantable.» Por estas palabras entendemos que fue sancionado por los Padres que se prescribiera una Regla a los Caballeros con su consentimiento, consultados el Pontífice Romano y el Patriarca de Jerusalén: pero no se afirma en absoluto que Bernardo sea su autor. 543 Por el contrario, Alberico del Orden Cisterciense escribe que a los mismos Caballeros se les impuso la Regla de san Agustín. Por lo cual en el Monástico Anglicano se remiten al Orden de san Agustín. Sería muy extraño que Alberico de Trois-Fontaines, monje cisterciense no lejos de Claraval, hubiera ignorado esta Regla de Bernardo, y en su lugar hubiera atribuido otra a los Caballeros que sobrevivieron en su tiempo. Guillermo de Tiro, obispo, en el capítulo séptimo del libro duodécimo ya mencionado, relata que a los mismos Caballeros, que antes del concilio de Troyes «no eran más que nueve, por mandato del señor papa Honorio y del señor Esteban, patriarca de Jerusalén, se les instituyó una Regla y se les asignó un hábito blanco,» ya que antes usaban uno común. «Pero después, en tiempos del papa Eugenio, se dice, comenzaron a coser cruces de tela roja en sus mantos,» tanto los caballeros, «como sus Hermanos que se llaman Sirvientes. Cuya causa creció tanto en inmensidad, que hoy,» dice Guillermo, «tienen en el convento más o menos trescientos caballeros, vestidos con capas blancas, sin contar a los Hermanos.» De estas últimas palabras deducimos que la Regla que se atribuye a Bernardo como autor no fue escrita sino después de Guillermo de Tiro: ya que en el capítulo vigésimo primero se mencionan algunos «falsos hermanos de las partes ultramontanas, que mienten diciendo que son del Templo;» y se acusa que algunas cosas entre los mismos Caballeros «crecieron sin discreción ni consejo del capítulo común, que deben ser completamente eliminadas,» a saber, que «los sirvientes y

escuderos solían tener vestimentas blancas, de donde venían daños insoportables,» No hubo ningún capítulo general de los Templarios antes del concilio de Troyes: no había antes un hábito peculiar de los Caballeros, sino común. El blanco les fue concedido por los Padres del concilio, excepto a los Sirvientes. Claramente, incluso de estas solas palabras se entiende que al menos este capítulo fue añadido mucho después del tiempo del concilio. El capítulo séptimo «estar de pie para escuchar el oficio divino» no solo no lo alaba, sino que también lo reprueba, y establece que se escuche sentado: lo cual ciertamente no habría venido a la mente de Bernardo. En el capítulo quincuagésimo sexto se establece, «que no se tengan más hermanas:» lo que indica que no fue una institución reciente. Si Juan de Michael es el autor de esa Regla, lo dejo a juicio de otros. En ella hay algo que no es indigno de observar, que «collación» se usa para la cena de los ayunos en el capítulo decimosexto.

544 PRÓLOGO.

A HUGO, caballero de Cristo, y maestro de la Milicia de Cristo, BERNARDO de Claraval, solo de nombre abad, buen combate.

Una, dos y tres veces, si no me equivoco, me has pedido, querido Hugo, que escribiera para ti y tus compañeros de armas un sermón de exhortación; y que, ya que no me es permitido blandir la lanza, empuñara la pluma contra la tiranía hostil: afirmando que os sería de no poco auxilio si, a quienes no puedo animar con armas, los animara con letras. Ciertamente lo he pospuesto por algún tiempo: no porque la petición pareciera despreciable, sino para que no se culpara una ligera y precipitada aceptación, si lo que mejor podría cumplir otro más capacitado, yo lo presumiera siendo inexperto, y la cosa tan necesaria se volviera por mí menos adecuada. Pero viendo que ya he frustrado bastante con tal espera, para no parecer más que no quiero, que no puedo, finalmente hice lo que pude: el lector juzgue si he satisfecho. Aunque si a alguien tal vez no le agrada o no le basta; no obstante, no es mi asunto, quien no he faltado a tu voluntad por mi saber.

CAPÍTULO PRIMERO. De la alabanza de la nueva milicia

1. Se oye que ha surgido recientemente en la tierra un nuevo tipo de milicia, y en aquella región que en otro tiempo visitó en carne el Oriente desde lo alto: para que de donde entonces expulsó con la fortaleza de su mano a los príncipes de las tinieblas, de allí también ahora extermine a sus satélites, hijos de la desconfianza, dispersados por la mano de sus fuertes, haciendo también ahora la redención de su pueblo, y levantando de nuevo el cuerno de salvación para nosotros en la casa de David su siervo. Un nuevo, digo, tipo de milicia, y desconocido en los siglos: en el que se lucha incansablemente con doble conflicto, tanto contra la carne y la sangre, como contra las maldades espirituales en los lugares celestiales. Y ciertamente donde solo con las fuerzas del cuerpo se resiste valientemente al enemigo corporal, eso no lo juzgo tan admirable, ni lo considero raro. Pero también cuando con la virtud del alma se declara la guerra a los vicios o a los demonios, tampoco diría que es admirable, aunque sí loable, cuando el mundo se ve lleno de monjes. Sin embargo, cuando cada hombre se ciñe poderosamente con su propia espada, se adorna noblemente con su propio cinturón; ¿quién no considerará esto digno de toda admiración, siendo tan evidentemente insólito? Un soldado verdaderamente intrépido, y por todas partes seguro, que así como se viste el cuerpo con hierro, así el alma con la coraza de la fe. Armado ciertamente con ambas armas, no teme ni al demonio ni al hombre. Ni teme la muerte, quien desea morir. ¿Qué temerá, pues, ya sea viviendo o muriendo, aquel para quien vivir es Cristo, y morir es ganancia? Está firme ciertamente con confianza y gusto por Cristo; pero más desea disolverse y estar con Cristo: pues esto es mejor. Procedan, pues, seguros, soldados, y con ánimo

intrépido rechacen a los enemigos de la cruz de Cristo, seguros de que ni la muerte ni la vida podrán separarlos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús; repitiendo ciertamente con ustedes en todo peligro: Ya sea que vivamos, ya sea que muramos, del Señor somos (Rom. XIV, 8). ¡Cuán gloriosos regresan victoriosos del combate! ¡Cuán bienaventurados mueren mártires en el combate! Alégrate, fuerte atleta, si vives y vences en el Señor: pero más exulta y gloriáte, si mueres y te unes al Señor. La vida ciertamente es fructuosa, y la victoria gloriosa: pero a ambas la muerte sagrada con razón se antepone. Pues si bienaventurados son los que mueren en el Señor, ¿no mucho más los que mueren por el Señor?

2. Y ciertamente ya sea en el lecho, ya sea en la batalla que alguien muera, será sin duda preciosa en la vista del Señor la muerte de sus santos. Sin embargo, en la batalla tanto más preciosa, cuanto más gloriosa. ¡Oh vida segura, donde hay pura conciencia! ¡Oh, digo, vida segura, donde sin temor se espera la muerte, más aún se desea con dulzura, y se recibe con devoción! ¡Oh verdaderamente santa y segura milicia, y completamente libre de aquel doble peligro, en el que ese género de hombres suele frecuentemente peligrar, donde al menos Cristo no es la causa de militar. Cuántas veces, pues, tú, que militas en la milicia secular, debes temer ciertamente, no sea que mates al enemigo en el cuerpo, pero a ti mismo en el alma: o tal vez seas tú quien sea matado por él, y en el cuerpo y en el alma al mismo tiempo. Pues el peligro o la victoria del cristiano se mide por el afecto del corazón, no por el resultado de la batalla. Si la causa del que lucha es buena, el mal resultado de la batalla no podrá ser un mal resultado; así como tampoco se juzgará buen fin, donde no haya precedido buena causa, ni recta intención. Si en la voluntad de matar al otro te sucede más bien ser matado, mueres homicida. Pero si prevaleces, y con la voluntad de vencer o vengar matas al hombre, vives homicida. No es conveniente, pues, ni muerto ni vivo; ni vencedor ni vencido, ser homicida. Infeliz victoria, en la que superando al hombre, sucumbes al vicio. Y con la ira o el orgullo dominándote, en vano te glorías del hombre superado. Sin embargo, hay quien ni por celo de venganza, ni por soberbia de vencer, sino solo por remedio de escapar mata al hombre. Pero tampoco llamaría buena a esa victoria: ya que de dos males, es más leve morir en el cuerpo que en el alma. No porque el cuerpo sea matado, también el alma muere: sino que el alma que pecare, esa morirá.

CAPÍTULO II. De la milicia secular

3. ¿Cuál es, pues, el fin o fruto de esta, no digo, milicia secular, sino malicia; si tanto el asesino peca letalmente, como el asesinado perece eternamente? En verdad, para usar las palabras del Apóstol, Y el que ara, debe arar con esperanza; y el que trilla, con esperanza de recibir fruto (I Cor. IX, 10). ¿Cuál es, entonces, oh soldados, este error tan asombroso, cuál es esta locura tan intolerable, militar con tantos gastos y trabajos, pero con estipendios nulos, salvo de muerte o de crimen? Cubrís los caballos con sedas, y ponéis no sé qué colgantes sobre las armaduras; pintáis lanzas, escudos y sillars; adornáis frenos y espuelas con oro y plata, y gemas: y con tanta pompa, con furia vergonzosa y estupor impúdico os apresuráis a la muerte. ¿Son estos insignias militares, o más bien adornos femeninos? ¿Acaso la espada enemiga respetará el oro, perdonará las gemas, no podrá penetrar la seda? Finalmente, lo que vosotros mismos experimentáis más a menudo y con más certeza, hay tres cosas principalmente necesarias para el que combate, a saber, que el soldado sea valiente y hábil, y esté atento para protegerse, y expedito para moverse, y pronto para golpear: vosotros, por el contrario, para carga de los ojos, cultiváis el cabello al estilo femenino, con largas y profusas camisas envolvéis vuestros propios pasos, sepultáis las delicadas y tiernas manos en amplias y flotantes mangas. Sobre todo esto, está el hecho de que armados la conciencia más os aterra, esa causa ciertamente bastante ligera y frívola, por la cual se presume tal y tan peligrosa milicia. No es ciertamente entre vosotros otra cosa lo que mueve las guerras, y

suscita las disputas, sino el irracional impulso de la ira, o el deseo de vana gloria, o la codicia de cualquier posesión terrena. Por tales causas ciertamente no es seguro ni matar, ni ser matado.

546 CAPÍTULO III. De los Caballeros de Cristo.

4. Pero los caballeros de Cristo combaten seguros las batallas de su Señor, sin temer en absoluto ni el pecado por la muerte del enemigo, ni el peligro por su propia muerte: puesto que la muerte por Cristo, ya sea sufrida o infligida, no tiene nada de criminal, y merece mucha gloria. Pues de un lado se adquiere a Cristo, del otro Cristo se ofrece: quien ciertamente acepta de buen grado la muerte del enemigo por venganza, y más gustosamente se ofrece a sí mismo al caballero por consuelo. El caballero, digo, de Cristo mata seguro, muere más seguro. Se beneficia a sí mismo cuando muere, a Cristo cuando mata. No en vano lleva la espada. Porque es ministro de Dios para venganza de los malhechores, y alabanza de los buenos. Ciertamente cuando mata al malhechor, no es homicida, sino, por así decirlo, malicida, y claramente se le considera vengador de Cristo en los que obran mal, y defensor de los cristianos. Pero cuando él mismo es matado, se le reconoce no haber perecido, sino haber llegado. La muerte, pues, que inflige, es ganancia de Cristo: la que recibe, es suya. En la muerte del pagano el cristiano se gloria, porque Cristo es glorificado: en la muerte del cristiano, se manifiesta la liberalidad del Rey, cuando el caballero que ha de ser recompensado es llevado. Además, sobre aquel se alegrará el justo cuando vea la venganza. De este dirá el hombre: Si ciertamente hay fruto para el justo: ciertamente hay Dios que juzga en la tierra (Sal. LVII, 12). No es que los paganos deban ser matados, si de alguna manera pudieran ser contenidos de la excesiva infestación u opresión de los fieles. Pero ahora es mejor que sean matados, que ciertamente se deje la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos: no sea que los justos extiendan sus manos a la iniquidad.

5. ¿Por qué, pues? si en absoluto no es lícito para un cristiano golpear con la espada, ¿por qué entonces el Salvador predicador ordenó a los soldados estar contentos con sus estipendios (Luc. III, 14); y no más bien les prohibió toda milicia? Pero si (lo cual es verdad) es lícito para todos, divinamente ordenados para esto mismo, y no profesando ciertamente nada mejor; ¿a quiénes, pregunto, más bien, que a aquellos cuyas manos y fuerzas retienen la ciudad de nuestra fortaleza Sion para la defensa de todos nosotros? para que, expulsados los transgresores de la ley divina, entre segura la nación justa, guardando la verdad. Por tanto, sean dispersadas las naciones que quieren la guerra, y sean cortados los que nos perturban, y sean destruidos de la ciudad del Señor todos los que obran iniquidad, que desean llevarse las inestimables riquezas del pueblo cristiano depositadas en Jerusalén, profanar lo santo, y poseer la herencia del santuario de Dios. Sea desenvainada la espada de los fieles sobre los cuellos de los enemigos, para destruir toda altitud que se levanta contra el conocimiento de Dios, que es la fe de los cristianos; para que no digan las naciones: ¿dónde está su Dios? (Sal. CXIII, 2.)

6. Una vez expulsados, él mismo regresará a su herencia y a su casa, de la cual, enojado, en el Evangelio dice: "He aquí, vuestra casa os será dejada desierta" (Mateo XXIII, 38); y por el profeta se lamenta así: "He dejado mi casa, he abandonado mi herencia" (Jeremías XII, 7); y cumplirá aquella profecía: "El Señor ha redimido a su pueblo y lo ha liberado: y vendrán y se regocijarán en el monte Sion, y se alegrarán de los bienes del Señor" (Jeremías XXXI, 11, 12). Alégrate, Jerusalén, y reconoce ya el tiempo de tu visita. Regocíjate y alabad juntos, desierta Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha redimido a Jerusalén; el Señor ha preparado su brazo santo ante los ojos de todas las naciones. Virgen de Israel,

habías caído, y no había quien te levantara. Levántate ya, sacúdete del polvo, virgen, hija cautiva de Sion. Levántate, digo, y ponte en lo alto, y contempla la alegría que te viene de tu Dios. No serás llamada más abandonada, y tu tierra no será llamada más desolada, porque el Señor se ha complacido en ti, y tu tierra será habitada. Levanta tus ojos alrededor y mira: todos estos se han reunido, han venido a ti. Esta es la ayuda enviada a ti desde el santo. Por medio de estos se te cumple ya aquella antigua promesa: "Te pondré en la soberbia de los siglos, alegría de generación en generación, y mamarás la leche de las naciones, y serás amamantada por los pechos de los reyes" (Isaías LX, 15, 16); y también: "Como una madre consuela a sus hijos, así yo os consolaré, y en Jerusalén seréis consolados" (Isaías LXVI, 13). ¿Ves cuán frecuentemente se aprueba la nueva milicia con el testimonio de los antiguos, y que como hemos oído, así vemos en la ciudad del Señor de los ejércitos? Siempre que, ciertamente, la interpretación literal no perjudique a los sentidos espirituales, de modo que no dejemos de esperar eternamente lo que para este tiempo significamos con las voces de los profetas: no sea que por lo que se ve, se desvanezca lo que se cree; y la abundancia de la esperanza se reduzca por la escasez de la realidad, y el testimonio de lo presente sea la evacuación de lo futuro. De lo contrario, la gloria temporal de la ciudad terrenal no destruye los bienes celestiales, sino que los construye; si no dudamos en absoluto de que esta figura representa a aquella que está en los cielos y es nuestra madre. Hablemos brevemente de los caballeros de Cristo.

CAPÍTULO IV. De la conversación de los Soldados de Cristo.

7. Pero ya a imitación o confusión de nuestros soldados, que no sirven a Dios, sino al diablo, cómo se comportan en la guerra o en casa: para que quede claro cuánto difieren entre sí la milicia de Dios y la del mundo. En primer lugar, en ambas disciplinas no falta la obediencia, de ninguna manera se desprecia, porque, según la Escritura, "el hijo indisciplinado perecerá" (Eclesiástico XXII, 3); y "es pecado resistir a la adivinación, y como un crimen de idolatría no querer obedecer" (I Samuel XV, 23). Se va y se vuelve al mandato de quien está al mando: se viste lo que él ha dado; y no se presume de vestimenta o alimento de otro lugar. En la comida y el vestido se evita todo exceso, se atiende solo a la necesidad. Se vive claramente en una conversación común, agradable y sobria, sin esposas y sin hijos. Y para que no falte nada de la perfección evangélica, habitan sin propiedad alguna, de un solo modo en una casa, solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Podrías decir que toda la multitud tiene un solo corazón y una sola alma: así cada uno no sigue en absoluto su propia voluntad, sino que se esfuerza más por obedecer al que manda. En ningún momento se sientan ociosos, ni vagan curiosos: sino que siempre, cuando no avanzan (lo que rara vez sucede), para no comer el pan de balde, reparan las armas o vestimentas rasgadas, o restauran las viejas, o componen las desordenadas, y finalmente hacen lo que la voluntad del maestro y la necesidad común indican. No se hace acepción de personas entre ellos: se honra al mejor, no al más noble. Se adelantan en honor unos a otros; llevan las cargas unos de otros, para así cumplir la ley de Cristo. Una palabra insolente, una obra inútil, una risa desmedida, un murmullo tenue o un susurro no se deja sin corregir donde se descubre. Detestan el ajedrez y los dados; aborrecen la caza: ni se deleitan con ese robo lúdico de aves (como suele suceder). Rechazan y abominan a los mimos, magos, fabuladores, y las canciones bufonescas, así como los espectáculos de juegos, como vanidades e insensateces falsas. Se cortan el cabello, sabiendo según el Apóstol que es una deshonra para el hombre dejarse crecer el cabello. Nunca están arreglados, rara vez se lavan, más bien con el cabello descuidado, ásperos, sucios de polvo: oscuros por la armadura y el casco.

8. Por otra parte, cuando se avecina la guerra, se arman por dentro con fe, por fuera con hierro, no con oro: para que armados, y no adornados, infundan miedo a los enemigos, no

provoquen la avaricia. Desean tener caballos fuertes y veloces, pero no de colores o adornados: pensando en la lucha, no en la pompa, en la victoria, pero no en la gloria, y esforzándose más por ser temidos que admirados. Luego, no son turbulentos o impetuosos, y como precipitados por ligereza, sino que se ordenan y disponen en la línea de batalla con toda cautela y previsión, según está escrito de los padres. Verdaderos israelitas pacíficos van a la guerra. Pero cuando llega el momento de la lucha, entonces, dejando de lado la antigua mansedumbre, como si dijeran: "¿No odio, Señor, a los que te odian, y me consumía por tus enemigos?" (Salmo CXXXVIII, 21), se lanzan contra los adversarios, consideran a los enemigos como ovejas; de ninguna manera, aunque sean muy pocos, temen a la bárbara crueldad o a la numerosa multitud. Saben que no deben confiar en sus propias fuerzas, sino esperar la victoria en la virtud del Señor de los ejércitos: a quien confían que le es fácil, según la sentencia de los Macabeos, entregar a muchos en manos de pocos, y no hay diferencia ante Dios del cielo en liberar con muchos o con pocos; porque la victoria en la guerra no está en la multitud del ejército, sino que la fortaleza viene del cielo (I Macabeos III, 18, 19). Lo han experimentado con frecuencia, de modo que a menudo uno persigue a mil, y dos hacen huir a diez mil. Así, de manera maravillosa y singular, se les ve ser más mansos que corderos y más feroces que leones, de modo que casi dudo si llamarlos monjes o soldados: a menos que quizás los nombre más adecuadamente ambos, ya que no les falta ni la mansedumbre del monje ni la fortaleza del soldado. ¿Qué más se puede decir de esto, sino que esto lo ha hecho el Señor, y es maravilloso a nuestros ojos? Dios ha elegido y reunido para sí desde los confines de la tierra a ministros de entre los más fuertes de Israel, que verdaderamente vigilan el lecho de Salomón, es decir, el sagrado sepulcro, todos empuñando espadas, y muy diestros en la guerra.

CAPÍTULO V. Del Templo.

9. Hay un templo en Jerusalén, en el que habitan juntos, inferior en estructura al antiguo y famosísimo de Salomón, pero no en gloria. Toda su magnificencia residía en el oro y la plata corruptibles, en la cuadratura de las piedras y la variedad de las maderas: pero todo el adorno de este, y el ornato de su agradable belleza, es la piedad de los habitantes y su conversación ordenadísima. Aquel era digno de ser contemplado por sus variados colores: este es venerable por sus diversas virtudes y actos santos. La casa de Dios requiere santidad (Salmo XCII, 5), que no se deleita tanto en mármoles pulidos como en costumbres adornadas, y ama las mentes puras más que las paredes doradas. Sin embargo, también la fachada de este templo se adorna, pero con armas, no con gemas: y en lugar de las antiguas coronas de oro, las paredes están cubiertas con escudos colgantes; en lugar de candelabros, incensarios y jarras, la casa está equipada por todas partes con frenos, sillas y lanzas. Claramente, todo esto demuestra que los soldados arden con el mismo celo por la casa de Dios, con el que una vez el Capitán de los soldados, inflamado vehementemente, con aquella santísima mano armada, no con hierro, sino con un látigo hecho de cuerdas, entró en el templo, expulsó a los mercaderes, derramó el dinero de los cambistas y volcó las mesas de los que vendían palomas (Juan II, 15): juzgando indigno que la casa de oración fuera infestada por tales negocios. Movidó por el ejemplo de su Rey, el devoto ejército, considerando mucho más indigno y mucho más intolerable que los infieles profanen lo sagrado que los mercaderes lo infesten, habita en la casa santa con caballos y armas; y habiendo expulsado de ella y de los demás lugares sagrados toda la inmundicia de la infidelidad y la rabia tiránica, ellos mismos se ocupan día y noche en oficios tan honestos como útiles. Honran con diligentes y sinceros servicios el templo de Dios, inmolando en él con devoción continua, no ciertamente al modo antiguo de las carnes de los animales, sino verdaderas ofrendas pacíficas, amor fraternal, sumisión devota, pobreza voluntaria.

10. Esto se lleva a cabo en Jerusalén, y el mundo se despierta. Las islas oyen, y los pueblos de lejos atienden, y brotan desde Oriente y Occidente, como un torrente inundante de la gloria de las naciones, y como la corriente de un río que alegra la ciudad de Dios. Y lo que se ve más alegremente, y se hace más convenientemente, es que ves a muy pocos en tan gran multitud de hombres confluír allí, a menos que sean ciertamente criminales e impíos, ladrones y sacrílegos, homicidas, perjurios, adúlteros; de cuya perfección ciertamente se deriva un doble bien, y así se duplica el gozo; ya que alegran tanto a los suyos por su partida, como a aquellos a quienes se apresuran a socorrer por su llegada. Benefician en ambos lados, no solo protegiendo a estos, sino también ya no oprimiendo a aquellos. Así, Egipto se alegra en su partida, mientras que el monte Sion no obstante se alegra en su protección, y las hijas de Judá exultan. Aquella se gloria con razón de ser liberada de su mano, mientras que esta se gloria más de ser liberada en su mano. Aquella pierde gustosamente a sus más crueles devastadores: esta recibe con alegría a sus más fieles defensores; y de donde esta se consuela dulcemente, aquella se desola igualmente de manera saludable. Así Cristo sabe vengarse de sus enemigos, de modo que no solo de ellos, sino también por medio de ellos, suele triunfar tanto más gloriosamente cuanto más poderosamente. Con gusto y conveniencia: para que aquellos que durante mucho tiempo soportó como atacantes, ahora comience a tenerlos más bien como defensores; y haga de un enemigo un soldado, como de Saulo, que fue perseguidor, hizo a Pablo predicador (Hechos IX). Por lo cual no me sorprende que incluso aquella corte celestial, según el testimonio del Salvador, se regocije más por un pecador que se arrepiente, que por muchos justos que no necesitan arrepentimiento, ya que la conversión del pecador y del maligno sin duda beneficia tanto como su anterior conducta perjudicaba.

11. Salve, pues, ciudad santa, que el Altísimo ha santificado para sí como su tabernáculo, para que tanta generación se salve en ti y por ti. Salve, ciudad del gran Rey, de la cual no han faltado al mundo nuevos y alegres milagros en casi ningún tiempo desde el principio. Salve, señora de las naciones, princesa de las provincias, posesión de los Patriarcas, madre de los Profetas y de los Apóstoles, iniciadora de la fe, gloria del pueblo cristiano, a la que Dios siempre desde el principio ha permitido ser atacada, para que a los hombres valientes se les ofrezca ocasión de virtud y salvación. Salve, tierra de promisión, que antaño fluías leche y miel solo para tus habitantes, ahora ofreces al mundo entero remedios de salvación, alimentos de vida. Tierra, digo, buena y óptima, que en tu seno fecundísimo, recibiendo del arca del corazón paterno la semilla celestial, has producido tantas cosechas de mártires del grano celestial, y no obstante del resto de todos los fieles has procreado abundantemente fruto de treinta, sesenta y ciento por uno sobre toda la tierra. De donde, saciados y opulentamente alimentados de la gran multitud de tu dulzura, proclaman por todas partes la memoria de la abundancia de tu suavidad quienes te han visto, y hasta los confines de la tierra hablan de la magnificencia de tu gloria a quienes no te han visto, y narran las maravillas que en ti se realizan. Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios: pero ya de estas delicias con las que fluyes, también nosotros pongamos algunas en medio, para alabanza y gloria de tu nombre.

CAPÍTULO VI. De Belén.

12. Tienes ante todo en la restauración de las almas santas a Belén, la casa del pan, en la que primero apareció el pan vivo que descendió del cielo, nacido de la Virgen. Allí se muestra a los piadosos el pesebre, y en el pesebre el heno del prado virginal, para que así el buey reconozca a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor. Porque toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno (Isaías XL, 6). Ahora bien, el hombre, al no entender su honor, en el que fue hecho, fue comparado a los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos (Salmo XLVIII, 13); el Verbo, pan de los ángeles, se hizo alimento de los animales, para que

tenga heno de carne que rumiar, quien se ha desacostumbrado completamente de alimentarse del pan del Verbo: hasta que, por el hombre Dios, devuelto a su dignidad anterior, y convertido de nuevo de bestia en hombre, pueda decir con Pablo: "Aunque conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos" (II Corintios V, 16). Lo cual no creo que nadie pueda decir verdaderamente, a menos que primero haya oído con Pedro de la boca de la Verdad: "Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida; la carne no aprovecha nada" (Juan VI, 64). De lo contrario, quien encuentra vida en las palabras de Cristo, ya no busca la carne, y es del número de los bienaventurados que no vieron y creyeron (Juan XX, 29). Pues no hay necesidad de un vaso de leche, sino para el niño; ni de alimento de heno, sino ciertamente para el animal. Pero quien no ofende en palabra, ese es un hombre perfecto, apto para alimentarse de sólido alimento: y, aunque en el sudor de su rostro, come el pan del Verbo sin ofensa. Pero también habla con seguridad y sin escándalo la sabiduría de Dios solo entre los perfectos, comparando cosas espirituales con espirituales, aunque con los niños o animales sea cauteloso de proponerles solo a Jesucristo, y a este crucificado. Sin embargo, un mismo alimento de pastos celestiales se rumia suavemente por el animal y se come por el hombre; y da fuerzas al hombre, y al niño le proporciona alimento.

CAPÍTULO VII. De Nazaret.

13. Se ve también Nazaret, que se interpreta como "flor", en la que aquel que nació en Belén, como fruto en flor madurando, fue criado como Dios infante: para que el olor de la flor precediera al sabor del fruto, y de las narices de los Profetas, el licor santo se infundiera en las fauces de los Apóstoles; y a los judíos, contentos con el tenue olor, alimentara con sólido sabor a los cristianos. Sin embargo, Natanael había percibido que esta flor, sobre todos los aromas, exhalaba un dulce olor. Por eso decía: "¿Puede algo bueno salir de Nazaret?" Pero no contento con la fragancia sola, siguió a Felipe, quien le respondió: "Ven y ve" (Juan I, 46). Más bien, deleitado por la aspersion de aquella maravillosa suavidad, y hecho sabio por el buen olor, se apresuró a llegar al fruto sin demora, guiado por el mismo olor, deseando experimentar más plenamente lo que había presentado tenuemente, y degustar presente lo que había olido ausente. Veamos también sobre el olfato de Isaac, no sea que haya prefigurado algo que pertenezca a estas mismas cosas que tenemos en manos. La Escritura habla de él así: "Y tan pronto como sintió la fragancia de sus vestiduras" (sin duda de Jacob), "He aquí, dijo, el olor de mi hijo es como el olor de un campo lleno, al que el Señor ha bendecido" (Génesis XXVII, 27). Sintió la fragancia de la vestidura, pero no reconoció la presencia del vestido: y solo deleitado exteriormente por el olor de la vestidura, como de una flor, no gustó la dulzura del fruto interior, permaneciendo privado del conocimiento tanto del hijo elegido como del sacramento. ¿A qué se refiere esto? La vestidura del espíritu es la letra y la carne del Verbo. Pero ni siquiera ahora el judío conoce el Verbo en la carne, en el hombre no ve la deidad; ni bajo el velo de la letra percibe el sentido espiritual: y palpando exteriormente la piel del cabrito, que expresaba la semejanza del mayor, es decir, del primer y antiguo pecador, no llega a la verdad desnuda. No ciertamente en la carne del pecado, sino en la semejanza de la carne del pecado, quien venía no a hacer pecado, sino a quitarlo, apareció, por la razón que él mismo no ocultó, "para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos" (Juan IX, 39). Engañado por esta semejanza, el Profeta, ciego hasta hoy, bendice a quien no conoce, mientras ignora en los libros y en los milagros a quien lee: y a quien toca con sus propias manos, atando, flagelando, golpeando, no lo entiende ni resucitado. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Corintios II, 8). Recorramos con breve discurso los demás lugares santos, y si no todos, al menos algunos: ya que no podemos admirar cada uno por separado, deseamos recordar brevemente al menos los más destacados.

CAPÍTULO VIII. Del monte de los Olivos y el valle de Josafat.

14. Se asciende al monte de los Olivos, se descende al valle de Josafat: para que así consideres las riquezas de la misericordia divina, de modo que no disimules el horror del juicio; porque aunque en sus muchas misericordias es grande para perdonar, sus juicios son no obstante un abismo profundo, por los cuales se reconoce que es muy temible sobre los hijos de los hombres. David, que muestra el monte de los Olivos, diciendo: "Salvarás, Señor, a hombres y bestias, como has multiplicado tu misericordia, Dios"; también menciona el valle del juicio en el mismo salmo, diciendo: "No venga sobre mí el pie de la soberbia, y la mano del pecador no me mueva" (Salmo XXXV, 7, 12). Y confiesa que teme su precipicio, cuando en otro salmo dice, orando: "Penetra mi carne con tu temor, porque he temido tus juicios" (Salmo CXVIII, 120). El soberbio cae en este valle y es quebrantado: el humilde descende y no corre peligro. El soberbio excusa su pecado: el humilde lo acusa, sabiendo que Dios no juzga dos veces lo mismo; y que si nos juzgamos a nosotros mismos, no seremos juzgados (I Corintios XI, 31).

15. Además, el soberbio, sin considerar cuán terrible es caer en las manos del Dios viviente, fácilmente se lanza a palabras de malicia para excusar excusas en los pecados. Gran malicia, en verdad, no tener misericordia de ti mismo, y solo después del pecado rechazar de ti mismo el remedio de la confesión, y envolver el fuego en tu seno en lugar de extinguirlo, y no prestar atención al consejo del Sabio que dice: Ten misericordia de tu alma agradando a Dios (Eclesiástico 30, 24). Por lo tanto, ¿quién es bueno para sí mismo si es malo? Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera (Juan 12, 31), es decir, de tu corazón, si al humillarte te juzgas a ti mismo. Habrá un juicio del cielo, cuando el mismo cielo será llamado desde arriba, y la tierra discernirá a su pueblo (Salmo 49, 4): en el cual ciertamente se debe temer, no sea que seas arrojado con él y sus ángeles, si se te encuentra sin juicio. De lo contrario, el hombre espiritual, que juzga todas las cosas, él mismo no será juzgado por nadie (I Corintios 2, 15). Por esto, entonces, el juicio comienza en la casa de Dios, para que cuando venga el juez, encuentre a los suyos ya juzgados: y ya no tenga nada que juzgar sobre ellos, cuando evidentemente serán juzgados aquellos que no están en el trabajo de los hombres, y no son azotados con los hombres (Salmo 72, 5).

CAPÍTULO IX. Sobre el Jordán.

16. ¡Con qué seno alegre recibe el Jordán a los cristianos, que se gloria de estar consagrado por el bautismo de Cristo! Mentía claramente aquel sirio leproso, que prefirió no sé qué aguas de Damasco a las aguas de Israel (2 Reyes 5, 12), cuando el devoto servicio del Jordán a Dios ha sido probado tantas veces, ya sea con Elías, ya sea con Eliseo (2 Reyes 2), o incluso (para recordar algo más antiguo) cuando, deteniendo maravillosamente su ímpetu, ofreció un paso seco a Josué y a todo el pueblo a la vez (Josué 3). Finalmente, ¿qué hay más eminente entre los ríos, que la misma Trinidad se dedicó con una presencia evidente? El Padre fue oído, el Espíritu Santo visto, y el Hijo fue bautizado. Con razón, por lo tanto, toda la virtud de él, que aquel Naamán sintió en su cuerpo al consultar al profeta (2 Reyes 5, 14), también la experimenta en el alma todo el pueblo fiel por mandato de Cristo.

CAPÍTULO X. Sobre el lugar del Calvario.

17. También se sale al lugar del Calvario, donde el verdadero Eliseo, burlado por niños insensatos, insinuó a los suyos una risa eterna, de los cuales dice: He aquí, yo y los niños que el Señor me dio (Isaías 8, 18). Buenos niños, que por el contrario de aquellos malignos, el Salmista excita a la alabanza, diciendo: Alabad, niños, al Señor, alabad el nombre del Señor

(Salmo 112, 1), para que en la boca de los santos niños y lactantes se perfeccione la alabanza, que faltó en la boca de los envidiosos, de aquellos, ciertamente, de los cuales se queja así: Crié y engrandecí hijos, pero ellos me despreciaron (Isaías 1, 2). Así que nuestro calvo subió a la cruz, expuesto al mundo por el mundo: y con el rostro descubierto y la frente descubierta, haciendo la purificación de los pecados, no se avergonzó de la ignominia de una muerte vergonzosa y austera, ni temió el castigo, para librarnos de la afrenta eterna y restaurarnos a la gloria. Y no es de extrañar. ¿Qué habría de avergonzarse, quien así nos lavó de los pecados, no como el agua que disuelve y retiene las impurezas, sino como el rayo del sol que seca y retiene la pureza? Porque la sabiduría de Dios alcanza en todas partes por su pureza.

CAPÍTULO XI. Sobre el Sepulcro

18. Entre los lugares santos y deseables, el sepulcro tiene de alguna manera el principado, y se siente algo más de devoción donde descansó muerto, que donde vivió; y más mueve a la piedad el recuerdo de la muerte que el de la vida. Creo que aquella parece más austera, esta más dulce: y más halaga a la debilidad humana el descanso del sueño que el trabajo de la vida; la seguridad de la muerte que la rectitud de la vida. La vida de Cristo fue para mí regla de vida: la muerte, redención de la muerte. Aquella instruyó la vida, esta destruyó la muerte. La vida ciertamente laboriosa, pero la muerte preciosa; ambas, sin embargo, sumamente necesarias. ¿Qué podría haber aprovechado de Cristo, ya sea la muerte para el que vivía mal, o la vida para el que moría condenablemente? ¿Acaso la muerte de Cristo libera ahora de la muerte eterna a los que viven mal hasta la muerte, o la santidad de vida liberó a los santos padres muertos antes de Cristo? como está escrito, ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte, librárá su alma de la mano del infierno? (Salmo 88, 49). Ahora, pues, porque ambas cosas nos eran igualmente necesarias, vivir piadosamente y morir con seguridad; y viviendo nos enseñó a vivir, y muriendo hizo segura la muerte: ya que ciertamente resucitaría, y dio esperanza a los que mueren de resucitar. Pero añadió un tercer beneficio, cuando también perdonó los pecados, sin lo cual ciertamente las demás cosas no valdrían. ¿Qué, en cuanto a la verdadera y suma felicidad se refiere, podría haber aprovechado la rectitud o longitud de vida, a aquel que estuviera atado solo por el pecado original? Porque el pecado precedió, para que siguiera la muerte: lo cual ciertamente si el hombre lo hubiera evitado, no habría probado la muerte eternamente.

19. Pecando, pues, perdió la vida y encontró la muerte: ya que Dios lo había predicho, y ciertamente era justo que si el hombre pecaba, muriera. ¿Qué podría ser más justo que recibir talión? Porque Dios es la vida del alma, y esta del cuerpo. Pecando voluntariamente, voluntariamente perdió vivir: no quiera perder también vivificar. Rechazó espontáneamente la vida cuando no quiso vivir; no pueda darla a quien, o cuanto quiera. El alma no quiso ser gobernada por Dios: no pueda gobernar el cuerpo. Si no obedece al superior, ¿por qué ha de mandar al inferior? El Creador encontró su criatura rebelde: encuentre el alma su sierva rebelde. El hombre fue hallado transgresor de la ley divina: encuentre también él otra ley en sus miembros, que se oponga a la ley de su mente, y lo lleve cautivo a la ley del pecado (Romanos 7, 23). Además, el pecado, como está escrito, separa entre nosotros y Dios (Isaías 59, 2): separe también, por tanto, la muerte entre nuestro cuerpo y nosotros. El alma no pudo ser separada de Dios sino pecando, ni el cuerpo de ella sino muriendo. ¿Qué, pues, sufrió más severo en la venganza, que sufrir de un súbdito lo que había presumido contra el autor? Nada ciertamente más congruente, que la muerte operara la muerte, espiritual la corporal, culpable la penal, voluntaria la necesaria.

20. Así que, cuando por esta doble muerte el hombre había sido condenado según ambas naturalezas, una espiritual y voluntaria, otra corporal y necesaria; Dios hombre benigamente

y poderosamente se enfrentó a ambas con su única muerte corporal y voluntaria, y con esa única condenó nuestras dos. Con razón, ciertamente: porque de nuestras dos muertes, cuando una se nos imputaba como mérito de culpa, y otra como deuda de pena; asumiendo la pena, y sin conocer la culpa, al morir voluntariamente solo en el cuerpo, nos mereció tanto la vida como la justicia. De lo contrario, si no hubiera sufrido corporalmente, no habría pagado la deuda: si no hubiera muerto voluntariamente, esa muerte no habría tenido mérito. Ahora bien, si, como se ha dicho, el mérito de la muerte es el pecado, y la deuda del pecado es la muerte; Cristo, al perdonar el pecado y morir por los pecadores, ciertamente ya no hay mérito, y la deuda está pagada.

21. Pero, ¿cómo sabemos que Cristo puede perdonar los pecados? Sin duda, porque es Dios, y todo lo que quiere, puede. ¿Y cómo sabemos que es Dios? Los milagros lo prueban. Porque hace obras que nadie más puede hacer: sin mencionar los oráculos de los Profetas, ni tampoco el testimonio de la voz paterna que descendió del cielo a él desde la magnífica gloria. Y si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Dios que justifica, ¿quién es el que condena? Si él es y no otro, a quien confesamos diariamente diciendo: A ti solo he pecado (Salmo 50, 6); ¿quién mejor, o quién más puede perdonar lo que se ha pecado contra él? ¿O cómo no puede él, que todo lo puede? Finalmente, yo puedo perdonar lo que se peca contra mí, si quiero: ¿y Dios no puede perdonar lo que se comete contra él? Si, por tanto, puede perdonar los pecados, siendo omnipotente, y solo puede, a quien solo se peca; bienaventurado, ciertamente, aquel a quien él no imputa pecado. Así que hemos conocido que Cristo, por el poder de su divinidad, pudo perdonar los pecados.

22. Pero, ¿quién duda ya de la voluntad? Porque quien asumió nuestra carne y sufrió la muerte; ¿crees que nos negará su justicia? Voluntariamente encarnado, voluntariamente padecido, voluntariamente crucificado, ¿retendrá solo de nosotros la justicia? Lo que, por tanto, consta de la deidad que pudo, se conoció de la humanidad que quiso. Pero, ¿de dónde confiamos nuevamente que quitó la muerte? Claramente de aquí, que él, quien no lo mereció, la sufrió. ¿Por qué razón se exigiría de nuevo de nosotros, lo que él ya pagó por nosotros? Quien llevó el mérito del pecado, dándonos su justicia; él mismo pagó la deuda de la muerte y nos devolvió la vida. Porque así como la muerte murió, la vida vuelve, así como quitado el pecado, vuelve la justicia. Además, la muerte es ahuyentada por la muerte de Cristo, y la justicia de Cristo nos es imputada. Pero, ¿cómo pudo morir quien era Dios? Porque ciertamente también era hombre. Pero, ¿cómo pudo la muerte de aquel hombre valer por otro? Porque también era justo. Porque siendo hombre, pudo morir; siendo justo, no debió gratuitamente. Ciertamente, el pecador no basta para pagar la deuda de la muerte por otro pecador, ya que cada uno muere por sí mismo. Pero quien no tiene que morir por sí mismo, ¿debe morir en vano por otro? Cuanto más indignamente muere quien no mereció la muerte, tanto más justamente vive aquel por quien muere.

23. Pero, ¿qué justicia es, dices, que el inocente muera por el impío? No es justicia, sino misericordia. Si fuera justicia, ya no moriría gratuitamente, sino por deuda. Si por deuda, él ciertamente moriría: pero aquel por quien moriría, no viviría. Pero si no es justicia, no obstante no es contra la justicia. De lo contrario, no podría ser justo y misericordioso al mismo tiempo. Pero aunque el justo no pueda satisfacer por el pecador injustamente, ¿cómo también uno por muchos? Porque parecería suficiente para la justicia, si uno muriendo por uno le restituyera la vida. A esto ya responde el Apóstol. Porque así como, dice, por el delito de uno, en todos los hombres, en condenación; así también por la justicia de uno, en todos los hombres, en justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de un hombre muchos serán constituidos justos (Romanos 5, 18, 19). Pero tal vez uno pudo restituir la justicia a

muchos, pero no la vida. Por un hombre, dice, la muerte, y por un hombre la vida. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Corintios 15, 21, 22). ¿Qué? ¿Uno pecó, y todos son culpables; y la inocencia de uno solo se imputará a uno [al inocente]? ¿El pecado de uno operó la muerte para todos, y la justicia de uno restituirá la vida a uno? ¿Es que la justicia de Dios valió más para condenar que para restaurar? ¿O pudo más Adán en el mal que Cristo en el bien? ¿Se me imputará el pecado de Adán, y la justicia de Cristo no me pertenecerá? ¿La desobediencia de aquel me perdió, y la obediencia de este no me aprovechará?

24. Pero el delito de Adán, dices, con razón lo contraemos todos, en el cual ciertamente todos pecamos: porque cuando pecó, estábamos en él, y de su carne fuimos engendrados por la concupiscencia de la carne. Pero nacemos de Dios mucho más genuinamente según el espíritu, que según la carne de Adán; según el cual también espíritu fuimos mucho antes en Cristo, que según la carne en Adán: sí, sin embargo, confiamos en ser contados entre aquellos de quienes el Apóstol dice, Quien nos eligió, dice, en él (sin duda el Padre en el Hijo) antes de la constitución del mundo (Efesios 1, 4). Pero que también nacieron de Dios, lo testimonia el evangelista Juan, donde dice, Quienes no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan 1, 13): también él en la Epístola, Todo el que es nacido de Dios, no peca, porque la generación celestial lo conserva (1 Juan 3, 9). Pero la concupiscencia carnal, dices, testimonia la descendencia de la carne: y el pecado que sentimos en la carne, prueba manifiestamente que descendemos según la carne de la carne del pecador. Pero igualmente aquella generación espiritual, no se siente en la carne, sino en el corazón, solo por aquellos que pueden decir con Pablo, Pero nosotros tenemos el sentido de Cristo (1 Corintios 2, 16); en el cual también sienten que han progresado hasta el punto de poder decir con toda confianza, Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios (Romanos 8, 16): y aquello, Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que nos han sido dadas por Dios (1 Corintios 2, 12). Por el espíritu que es de Dios, la caridad se ha difundido en nuestros corazones: así como por la carne que es de Adán, mana la concupiscencia implantada en nuestros miembros. Y así como esta que desciende del progenitor de los cuerpos nunca se aparta de la carne en esta vida mortal; así aquella que procede del Padre de los espíritus, nunca se aparta de la intención de los hijos perfectos.

25. Si, pues, nacemos de Dios, y somos elegidos en Cristo: ¿qué justicia es, que más perjudique la generación humana y terrena, que valga la generación divina y celestial; que la elección de Dios sea vencida por la sucesión carnal, y la concupiscencia temporalmente transmitida prevalezca sobre su eterno propósito? Más bien, si por un hombre la muerte, ¿por qué no mucho más por uno, y ese hombre, la vida? Y si en Adán todos morimos, ¿por qué no mucho más poderosamente en Cristo todos seremos vivificados? Finalmente, no como el delito, así también el don. Porque el juicio fue de uno para condenación; pero la gracia de muchos delitos para justificación (Romanos 5, 15, 16). Cristo, por tanto, pudo perdonar los pecados, siendo Dios; y morir, siendo hombre; y al morir, pagar la deuda de la muerte, porque era justo; y uno solo pudo bastar para la justicia y la vida de todos, puesto que tanto el pecado como la muerte procedieron de uno a todos.

26. Pero esto también fue necesario y totalmente previsto, que dilatada la muerte, el hombre se dignó a convivir entre los hombres por algún tiempo: para que con frecuentes y verdaderas palabras los excitara a lo invisible, con obras maravillosas afirmara la fe, con costumbres rectas instruyera. Así que, en los ojos de los hombres, Dios hombre vivió sobria, justa y piadosamente, habló verdaderamente, obró maravillas, sufrió indignamente, ¿qué nos faltó ya para la salvación? Que se añada la gracia del perdón de los pecados, es decir, que perdone los

pecados gratuitamente: y ciertamente la obra de nuestra salvación está consumada. No obstante, no temamos que a Dios le falte poder para perdonar los pecados, o al que sufrió, y tanto sufrió por los pecadores, le falte voluntad: si, sin embargo, nos encontramos solícitos en imitar dignamente, como conviene, los ejemplos, y venerar los milagros; tampoco seamos incrédulos a la doctrina, ni ingratos a las pasiones.

27. Así que todo nos valió de Cristo, todo fue salúfero, y todo necesario, y no menos aprovechó la debilidad que la majestad: porque aunque por el poder de la deidad removió el yugo del pecado mandando, por la debilidad de la carne sacudió las leyes de la muerte muriendo. Por eso el Apóstol dice bellamente: Lo que es débil en Dios, es más fuerte que los hombres. Pero también aquella su locura, por la cual le agradó salvar al mundo, para confundir la sabiduría del mundo, confundir a los sabios; que siendo en forma de Dios, igual a Dios, se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo; que siendo rico, por nosotros se hizo pobre, de grande pequeño, de alto humilde, débil de poderoso; que tuvo hambre, que tuvo sed, que se fatigó en el camino, y las demás cosas que sufrió por voluntad, no por necesidad: esa, por tanto, su cierta locura, ¿no fue para nosotros camino de prudencia, forma de justicia, ejemplo de santidad? Por esto también el Apóstol: Lo que es necio en Dios, es más sabio que los hombres (1 Corintios 1, 25). La muerte, por tanto, nos liberó de la muerte, la vida del error, la gracia del pecado. Y ciertamente la muerte por su justicia logró la victoria: porque el justo al pagar lo que no robó, recuperó con todo derecho lo que había perdido. La vida, en cuanto a sí misma, cumplió por la sabiduría, que fue para nosotros documento y espejo de vida y disciplina. Pero la gracia, como se ha dicho, perdonó los pecados por aquel poder, por el cual hizo todo lo que quiso. La muerte de Cristo, por tanto, es la muerte de mi muerte: porque él murió, para que yo viviera. ¿Cómo no vivirá ya aquel por quien muere la Vida? ¿O quién temará errar en el camino de las costumbres, o en el conocimiento de las cosas, con la Sabiduría como guía? ¿O de qué será ya acusado, aquel a quien absuelve la Justicia? Él mismo se presenta en el Evangelio como la Vida: Yo soy, dice, la vida (Juan 14, 6). Pero los dos siguientes los testifica el Apóstol, diciendo: Quien fue hecho para nosotros justicia y sabiduría de Dios Padre (1 Corintios 1, 30).

28. Si, por tanto, la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús nos ha liberado de la ley del pecado y de la muerte, ¿por qué aún morimos y no somos revestidos inmediatamente de inmortalidad? Ciertamente, para que se cumpla la verdad de Dios. Porque Dios ama la misericordia y la verdad (Salmo 83, 12), es necesario que el hombre muera, tal como Dios lo había predicho: pero que resucite de la muerte, para que Dios no olvide tener misericordia. Así, pues, aunque la muerte no domina perpetuamente, permanece sin embargo en nosotros por la verdad de Dios, al menos por un tiempo: de la misma manera que el pecado, aunque ya no reina en nuestro cuerpo mortal, no nos falta por completo. Por lo tanto, Pablo se gloria de haber sido liberado en parte de la ley del pecado y de la muerte; pero nuevamente se queja de estar gravado por ambas leyes en parte, ya sea cuando clama miserablemente contra el pecado, "Encuentro otra ley en mis miembros" (Rom. 6, 23), y otras cosas; o cuando gime agobiado, sin duda por la ley de la muerte, esperando la redención de su cuerpo (Rom. 8, 23).

29. Así que, ya sea esto, o cualquier otra cosa de este tipo, según cada uno abunda en su propio sentido en tales asuntos, se sugieren a los sentidos cristianos en ocasión del sepulcro: creo que no se infunde una dulzura mediocre de devoción al que contempla de cerca; ni se progresa poco al ver también con los ojos corporales el lugar corporal del descanso del Señor. Aunque ya vacío de los sagrados miembros, está lleno sin embargo de nuestros sacramentos muy agradables. Nuestros, digo, nuestros, si es que los abrazamos tan ardientemente como sostenemos indudablemente lo que dice el Apóstol: "Porque hemos sido sepultados con Él

por el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si hemos sido plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la de su resurrección" (Rom. 6, 4-5). ¡Qué dulce es para los peregrinos, después de mucho cansancio de un largo viaje, después de muchos peligros de tierra y mar, descansar finalmente allí donde reconocen que su Señor también descansó! Creo que ya por la alegría no sienten el trabajo del camino, ni consideran el peso de los gastos; sino que, como si hubieran alcanzado la recompensa del trabajo o el premio de la carrera, según la sentencia de la Escritura, "se alegran mucho cuando encuentran el sepulcro" (Job 3, 22). Y no se piense que este nombre tan célebre del sepulcro se ha obtenido por casualidad o de repente, o como por la opinión resbaladiza del favor popular, cuando Isaías mismo lo predijo tan claramente hace tanto tiempo: "Y será, dice, en aquel día la raíz de Jesé, que estará como señal para los pueblos, a Él buscarán las naciones, y su sepulcro será glorioso" (Isa. 11, 10). En verdad, vemos cumplido lo que leemos profetizado, nuevo para el que lo contempla, pero antiguo para el que lo lee: de modo que haya alegría por la novedad, sin que falte la autoridad por la antigüedad. Y sobre el sepulcro, que esto sea suficiente.

CAPÍTULO XII. De Betfagé.

30. ¿Qué diré de Betfagé, la aldea de los sacerdotes, que casi había pasado por alto, donde se contiene el sacramento de la confesión y el misterio del ministerio sacerdotal? Betfagé, en efecto, se interpreta como Casa de la boca. Está escrito: "Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón" (Deut. 30, 14). Recuerda tener la palabra no solo en uno, sino en ambos, en la boca y en el corazón. Y ciertamente la palabra en el corazón del pecador obra una contrición saludable: la palabra en la boca quita la confusión nociva, para que no impida la confesión necesaria. Porque la Escritura dice: "Hay una vergüenza que lleva al pecado, y hay una vergüenza que lleva a la gloria" (Ecli. 4, 25). Es buena la vergüenza por la cual te avergüenzas de haber pecado, o ciertamente de pecar: y aunque tal vez no haya presente ningún juez humano, sin embargo, reverencias con más pudor el aspecto divino que el humano, cuanto más piensas que Dios es más puro que el hombre: y tanto más gravemente lo ofendes al pecar, cuanto más consta que todo pecado está más lejos de Él. Sin duda, tal vergüenza ahuyenta el oprobio, prepara la gloria, mientras no admite en absoluto el pecado, o ciertamente, si se ha cometido, lo castiga con el arrepentimiento y lo expulsa con la confesión: si, sin embargo, esta es también nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia. Pero si alguien se avergüenza de confesar incluso aquello de lo que se siente compungido, tal vergüenza lleva al pecado y pierde la gloria de la conciencia, cuando el mal que la compunción intenta expulsar desde lo profundo del corazón, una vergüenza inapropiada no permite que salga por la puerta de los labios; cuando debería decir más bien con el ejemplo de David: "Y mis labios no prohibiré, Señor, tú lo sabes" (Salmo 39, 10). Y redarguyéndose a sí mismo, creo que sobre esta clase de vergüenza tonta e irracional, dice: "Porque callé, se envejecieron mis huesos" (Salmo 31, 3). Por lo cual también desea que se ponga una puerta a sus labios (Salmo 140, 3), para que sepa abrir la puerta de la boca para la confesión y cerrarla para la defensa. Finalmente, abiertamente pide esto mismo al Señor en oración, sabiendo ciertamente que la confesión y la magnificencia son obra suya (Salmo 110, 3). Y que no callemos nuestra maldad, y que igualmente no callemos la magnificencia de la bondad y virtud divina, es un gran bien de la doble confesión, pero es un don de Dios. Dice así: "No inclines mi corazón a palabras de maldad, para excusar excusas en pecados" (Salmo 140, 4). Por lo tanto, es necesario que los ministros de la palabra, los sacerdotes, vigilen cuidadosamente y con solicitud en ambos aspectos, para que inflijan con tal moderación la palabra del temor y la contrición en los corazones de los pecadores, que de ninguna manera

los aterroricen de la palabra de confesión; así abran los corazones, que no cierren las bocas; pero tampoco absuelvan al compungido, a menos que lo vean también confesado: puesto que con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación. De lo contrario, de un muerto, como de quien no es, perece la confesión (Ecli. 17, 26). Cualquiera que, por tanto, tiene la palabra en la boca y no en el corazón, es o engañoso o vano: cualquiera que la tiene en el corazón y no en la boca, es o soberbio o tímido.

CAPÍTULO XIII. De Betania.

31. Ciertamente no debo pasar en silencio, aunque me apesure mucho, la casa de la obediencia, es decir, Betania, el castillo de María y Marta, donde Lázaro fue resucitado: donde, sin duda, se recomienda la figura de ambas vidas, la maravillosa clemencia de Dios hacia los pecadores, así como la virtud de la obediencia junto con los frutos del arrepentimiento. En este lugar, por tanto, basta con indicar brevemente que ni el esfuerzo de la buena acción, ni el ocio de la santa contemplación, ni las lágrimas del penitente podrán ser aceptadas fuera de Betania por aquel que tanto valoró la obediencia, que prefirió perder la vida misma, hecho obediente al Padre hasta la muerte. Estas son, de hecho, las riquezas que el discurso profético promete por la palabra del Señor: "Consolará, dice, el Señor a Sion, y consolará todas sus ruinas; y pondrá su desierto como delicias, y su soledad como el jardín del Señor. Se hallará en ella gozo y alegría, acción de gracias y voz de alabanza" (Isa. 51, 3). Estas, por tanto, son las delicias del mundo, este es el tesoro celestial, esta es la herencia de los pueblos fieles, confiada a vuestra fe, encomendada a vuestra prudencia y fortaleza. Entonces, podéis guardar segura y fielmente el depósito celestial, si en ninguna parte presumís de vuestra propia prudencia o fortaleza, sino solo de la ayuda de Dios, sabiendo que no en su fortaleza se fortalecerá el hombre, y por eso diciendo con el profeta: "El Señor es mi fortaleza, mi refugio y mi libertador" (Salmo 17, 2): y aquello, "Guardaré mi fortaleza para ti, porque Dios es mi defensor; mi Dios, su misericordia me precederá" (Salmo 58, 10-11); y también: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria" (Salmo 113, 9): para que en todo sea Él bendecido, quien enseña vuestras manos para la batalla, y vuestros dedos para la guerra (Salmo 144, 1).